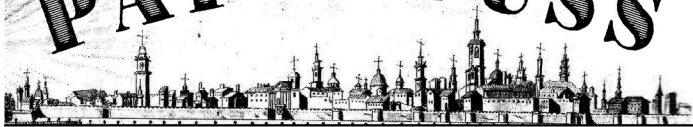


PAPENFUSS



BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS

EL DETECTIVE SIAMÉS

—  —
SEGUNDA PARTE Y EPÍLOGO



Ficción en dos capítulos y un epílogo escrita por Alfredo Álamo



En lo primero que se fijaron los gemelos al entrar no fue en el cadáver de María Andropova, con el cuello abierto, tumbado sobre la cama ensangrentada, ni en el rostro desencajado de Oana Popescu, todavía vestida de gala; tampoco fue momento para observar la mezcla de ira y angustia del Barón Mordini o la extraña vergüenza que se reflejaba en Burke al levantar la cámara para luego bajarla, sin hacer foto alguna. No, los hermanos solo tuvieron ojos para un detalle concreto: el cuchillo lleno de sangre que asomaba bajo la cama. El cuchillo lanzable de Anatolia.

El detective del hotel, un tipo simpón llamado LeClercq, apenas cualificado para resolver pequeños robos, anunció que la policía estaba

de camino. Era un asesinato el Ritz. Todo un escándalo. Mournau, el gerente, trataba de mantener a los huéspedes en sus habitaciones mientras su rostro se teñía más carmesí a cada minuto que pasaba. Los propietarios iban a ensañarse con él por haber dejado al barón y a su cohorte circense alojarse en el hotel. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho?

Lo cierto es que los gemelos salieron de la habitación con cierta premura, con la excusa de volver a sus aposentos lo antes posible, dejando al doctor Walker los primeros detalles de aquel sórdido asesinato, pues no había otra manera de calificarlo. Nada más volver a su cuarto, se enfrentaron a una Anatolia cuyo nerviosismo era más que evidente.

—Hemos visto el cadáver de la pobre mujer —dijo Bob—, y nos tienes que contestar a unas preguntas, Anatolia.

—Jesús, María y José —se santiguó Anatolia—. Qué desgracia más grande.

—Y todavía puede ir a peor —contestó Todd—. A María Andropova le han cortado el cuello de oreja a oreja con uno de tus cuchillos.

—¡Imposible! —exclamó Anatolia.

—Es uno de los tuyos, Anatolia —explicó Bob—, de los cortos. Diez centímetros de largo, mango equilibrado, acero damasquinado y la filigrana del maestro Diábolo.

Anatolia corrió hacia su pequeña habitación y volvió con un pequeño fardo de cuero que desplegó sobre la mesa principal.

—Aquí están todos mis cuchillos —dijo, a medida que mostraba el con-

tenido—. ¡Juro por todos los santos que no falta ninguno! ¡Lo juro!

Al mostrar la última vuelta del paquete, sin embargo, se desmintió su afirmación. Los dos últimos espacios reservados estaban vacíos. Allí donde tenían que reposar tranquilamente dos cuchillos lanzables, no había nada, para sorpresa de la vieja artista de circo, que acabó por enmudecer.

—¡Yo no lo hice! —balbuceó— ¡No lo hice! No... no me caía bien.

¡Era una lagarta! Os quería mal. Lo sé. Pero cuando me fui de su habitación estaba viva. ¡Por esta! —añadió, mordiendo una medallita de Santa Cecilia que siempre llevaba al cuello.

—Tranquila —dijo Todd, mientras Bob acercaba el brazo hasta cogerla amigablemente del hombro—. Anatolia, eres como nuestra madre. Sabemos que nunca harías algo así.



—Sobre todo con uno de estos cuchillos. En todo caso se lo habrías clavado entre ceja y ceja a tres metros de distancia.

—¡Bob! ¡No la asustes más!

—¡Es cierto! Estos cuchillos son una obra de arte. Pero recuerda lo que nos decía siempre el maestro Diábol: procura que la punta esté afilada, pero que los lados queden romos. Así evitarás...

—Cortes innecesarios.

Todd cogió uno de los cuchillos y lo examinó con ojo crítico mientras Bob seguía confortando a Anatolia. Era cierto. Con aquella hoja se tardaría una eternidad en producir una herida como la que presentaba el cadáver. La punta estaba bien afilada, pero el resto de la hoja no cortaría un filete poco hecho. Mucho menos el cuello de una mujer tan fuerte como Andropova. Sin duda, alguien estaba tratando de implicar a Anatolia.

—¿Para qué fuiste a hablar con María Andropova? —preguntó Bob.

—Si es que sois unos inocentes. Esa mujer os miraba para comeros vivos. A los dos. A saber qué pretendía. Fui a decirle que no se lo iba a consentir. Y tuvimos nuestras palabras. Pero nada más. Se rio de mí, la muy pu... pobrecilla. Dios la tenga en su seno.

—¿Llevas algún cuchillo encima ahora? —preguntó Bob.

—Siempre —contestó Anatolia, rebuscando entre los pliegues de su vestido y mostrando la pieza que faltaba del juego completo.

—Pues será mejor que lo dejes con los demás y no lo escondas demasiado. Es mejor que parezca que no tienes nada que ocultar. —dijo Bob.

—Cierto —añadió unos segundos más tarde Todd, con todo pensativo—. Esperemos que no llegue a ser necesario dar demasiadas expli-

caciones. Deberíamos volver con los demás.

Nada más volver a la habitación de Andropova se encontraron con el frío semblante de Walker, que se refrescaba la frente con un pañuelo de seda. Burke trataba de calmar los nervios fumando uno de los cigarros baratos que siempre llevaba encima. Ambos mantenían la compostura a duras penas. En cuanto a Mordini, estaba dentro de la habitación, sentado junto al cadáver de su amante, en mangas de camisa y tirantes, cogiéndola de la mano en un gesto de cariño impropio de la imagen que había creado para el mundo.

—¿Y la policía? —preguntó Todd, mientras Bob escudriñaba el escenario desde la puerta.

—Al llegar —contestó Walker—. Pero tengo que decir algo. He encontrado lo que parece el arma del crimen. Y es uno de los cuchillos de Anatolia. De todas formas, hay algo

extraño en es herida. Si queréis que haga algo con el arma...

Bob levantó la mano, deteniendo al doctor.

—No hará falta. Alguien ha tratado de incriminar a Anatolia, o a alguno de nosotros, pero ha fallado. Ese cuchillo no tiene filo.

A Walker se le iluminó el rostro por un segundo.

—¡Claro! Es un Diávolo, ¿verdad? Entonces...

—Quién quiera que sea conoce nuestro pasado. —Dijo Todd.

—Y quiere quitarnos de en medio. — Completó Bob.

Burke, que había estado escuchando, lanzó su cigarro al suelo para desconsuelo de Mourneau.

—Ahora solo falta que el policía franchute que nos manden no sea un completo idiota.

Como invocado por las palabras del periodista, las puertas del ascensor

se abrieron dando paso a una cohorte de gendarmes, tras los cuales apareció en escena un hombre vestido con un gabán gris de corte barato, sombrero algo deformado y mostacho parisino. Ladraba órdenes en francés con un acento gutural, que sus hom-



bres acataban mediante una perfecta coreografía. Cuando se dirigió al grupo de los gemelos, lo hizo con un inglés nefasto, pero sorprendentemente inteligible.

—Señores —dijo, abarcando con su vista a todos los presentes—, y señora— añadió tras ver a Oana Popescu—. Soy el inspector Beauchamp. Nos encontramos ante un terrible crimen. Les prometo que la policía de París no dejará escapar al culpable. Ahora, si me disculpan, les rogaría que volvieran a sus habitaciones. Hablaré más tarde con todos ustedes.

—El barón... —comenzó a decir la bruja rumana.

—Ah, sí. El barón. No se preocupe —la tranquilizó el inspector—. Yo me encargo.

Si algo podían decir los gemelos del inspector es que ni siquiera se había parado a mirarlos de manera extraña. Era más que posible que estuviera sobre aviso de su presencia, quién de todo París no se habría enterado, y que siendo un policía veterano ya nada le sorprendiera excepto la honradez de los políticos. En cualquier

caso, el grupo se disolvió de nuevo, acudiendo a su habitaciones, a la espera de la llamada del inspector.

Esta no tardó en llegar. Pero, al contrario de lo que los gemelos esperaban, no fue una entrevista privada sino una convocatoria para todos los asistentes a la cena. Uno de los gendarmes los acompañó, junto a Anatolia, hasta el salón azul, desalojado para darles la privacidad adecuada a la investigación. Cuando llegaron, Oana Popescu y Mordini ya estaban allí. El barón acariciaba una frasca de coñac que parecía terriblemente caro y apenas hacía por ocultar su embriaguez. Walker y Burke llegaron apenas un momento después. Todos tomaron asiento, menos el inspector, al que parecía gustarle ejercer cierta teatralidad.

—Bien, bien —comenzó Beauchamp—. En estos mismos instantes, mis hom-

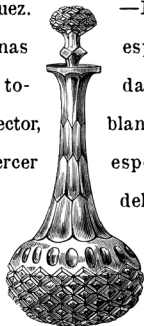
bres están registrando sus habitaciones. Si hay algo que quieran decirme, están a tiempo.

Bob miró de reojo a Todd. Los dos empezaron a hablar a la vez, pero Bob dejó que fuera su hermano el que dejara la voz cantante.

—Querido inspector, como va a descubrir en breve, el arma que han encontrado manchada de sangre bajo la cama de la señorita Andropova pertenece a un juego de cuchillos muy singular que está en nuestra habitación.

—¿Qué? —Rugió Mordini.

—Forma parte de un legado muy especial y pertenece a nuestra cuidadora, Anatolia. Estamos hablando de un juego de cuchillos muy especiales, creados para el mundo del circo. Anatolia llegó a ser famosa como lanzadora de cuchillos hace ya algunos años. El gran Diávolo, quizá el mejor



lanzador de todos los tiempos, se lo regaló poco antes de morir.

A un gesto del inspector, uno de los gendarmes le acercó el cuchillo en cuestión.

—¿Es este?

—En efecto —continuó Bob—. Como puede usted comprobar, no se trata del arma que causó la muerte de la señorita Andropova. Fíjese en el filo. Está romo. Igual que el resto de cuchillos que encontrará en nuestra habitación. Están preparados para clavarse en la madera, no para cortar carne.

El inspector contempló el filo a la luz de una lámpara y luego lo acarició con la yema del dedo índice. No sangró ni una gota.

—Pero dos testigos afirman que Anatolia estuvo en la habitación de Andropova. Y que oyeron cómo discutían.

—Eso también es cierto —dijo Todd, mirando de reojo a Mordini—

. Al parecer la señorita Andropova tenía cierto interés... físico por mi hermano y por mí. Anatolia trató de hacerle desistir.

Para sorpresa de ambos hermanos, el barón se puso otra copa de coñac y sonrió.

—Esa es la primera cosa con sentido que escucho desde hace un buen rato. María era así. No iba a dejaros escapar tan fácilmente. Dos cabezas y una polla. ¡Sublime!

El inspector se encogió de hombros, sin prestar demasiada atención al soez comentario de Mordini.

—Quizá Anatolia amenazó a Andropova con este cuchillo y luego la mató con otro.

Anatolia dio un paso al frente. Tenía los ojos llorosos.

—No señor. Nunca habría hecho daño a la señorita. No me caía bien y quería que se alejara de mis chicos, es cierto. Pero solo discutimos. Cuando me fui

estaba viva, y con más ganas todavía de pasar la noche con los gemelos.

Bob puso su mano hábil sobre el hombro de Anatolia mientras Todd retomaba la conversación.

—No encontrará otro cuchillo en nuestro poder. Quien hizo eso trató de incriminar a Anatolia o a alguno de nosotros. Conocía el pasado de nuestra cuidadora, pero, desde luego, no es hombre de circo o no habría cometido ese error.

—Además —terció Walker—, hay algo extraño en el corte de la pobre María. Durante el poco tiempo que he podido examinar la herida me he fijado en el patrón que ha hecho la hoja sobre el cuello, sinuoso y preciso. Ningún cuchillo de filo recto dejaría ese corte. Ha sido una daga curva, quizá una kris. Una hoja oriental, en todo caso.

El inspector abrió los ojos con una nueva intensidad.

—Eso me había parecido, aunque habrá que esperar al informe del médico forense. Pero sí, aquí hay demasiadas incongruencias. Barón, lamento mucho su pérdida, pero debo preguntar ¿Sabe de alguien que quisiera hacer daño a la señorita Andropova o a usted?

El barón sonrió con amargura.

—Puede usted elegir, inspector. Tenemos una fama considerable y un buen número de enemigos a los que les gustaría vernos muertos. Pero cualquiera de ellos lo haría pensando en el reconocimiento y la fama que le daría mostrar nuestros cadáveres. ¿Esto? Esto no tiene sentido. Ni los bolcheviques habrían hecho algo tan falto de clase.



Beauchamp lanzó un refunfuño, apenas audible. Le había tocado en suerte una de las peores pesadillas para cualquier policía, el asesinato de una mujer extranjera de cierto renombre, con un aristócrata con inmunidad diplomática por el medio, un americano fisgón, un inglés estimado, una bruja rumana, una anciana circense albanesa, un gigantesco etíope y, por supuesto, los hermanos Astley.

Aunque había tratado de no parecer que se fijaba en ellos, era difícil no hacerlo. Sobre todo, teniendo en cuenta que su hija pequeña, Rebecca, era una gran fan de la pareja siamesa de detectives. Coleccionaba todas las crónicas escritas por ese americano maleducado y la había descubierto, en alguna ocasión, disfrazada con una cabeza extra hecha a base de una almohada, botones y restos de fregona, hablando consigo misma.

Reconoció, eso sí, que en persona eran dos jóvenes bien educados y de inteligencia despierta. Decidió contar con ellos. Después de todo, ¿qué podía perder?

—Por favor, vuelvan a sus habitaciones o quédense aquí, junto a uno de mis hombres. Por el momento nadie puede abandonar el hotel.

Hubo un murmullo de aprobación. Los gemelos lanzaron un breve suspiro poco antes de que el inspector se acercara a ellos.

—Hemos hablado con recepción —



les confió en voz baja—, y nadie entró en el hotel una vez empezó la cena. Eso sí, es posible que alguien lograra desaparecer del restaurante sin que nadie se diera cuenta. Varios de los comensales abandonaron las instalaciones antes de que se descubriera el cadáver.

—Entonces —dijo Bob—, piensa que el asesino puede haber escapado.

—Siga buscando el arma homicida, inspector —apuntó Todd—, si no me equivoco, es de gran valor para el asesino, pero dudo que haya huido sin ella. Si la encontramos, eso querrá decir que el culpable se esconde entre nosotros.

—¿En qué se basa para decir eso?

Bob sonrió. Todd hizo su típica mueca sabelotodo.

—Si hubiera sido un asesinato normal, el asesino habría utilizado el cuchillo de Anatolia. ¿Por qué degollar a alguien cuando podría habernos

implicado de una puñalada en el corazón? No. La manera de matar ha sido importante. El hecho de que haya usado una hoja tan peculiar, quiere decir algo. Todavía no sé qué, pero está claro que nada de este asesinato se ha dejado al azar. Encuentre esa daga, inspector.

Una llamada de teléfono más tarde, decenas de nuevos gendarmes se unieron a los que ya registraban el Ritz en busca de la supuesta daga. Registraron habitación por habitación, pese a las quejas de huéspedes y del afligido Mournau, así como las cocinas, la sala de calderas, la lavandería y cada uno de los secretos rincones que el Ritz afirmaba tener con orgullo; se registró a botones, cocineras, recepcionistas y limpiadores; se desmontaron lámparas, se vaciaron los grandes jarrones chinos de la entrada, y hasta se dragaron las grandes piscinas del sótano.

—¿Nada? —preguntó Todd a un enfurecido Beauchamp.

—¡Nada! ¡Rien!

Los dos gemelos juntaron sus coronillas. Era un gesto que hacían de manera inconsciente, cuando la tensión de los cuellos se hacía pesada, pero también cuando buscaban, de alguna manera, juntar sus dos intelectos en busca de alguna respuesta.

—¿Sería posible volver a la habitación de María Andropova?

El inspector accedió. Subieron por el ascensor hasta la puerta de la habitación, donde dos gendarmes hacían guardia. Dentro, el equipo forense ya había retirado el cuerpo de la desafortunada vidente. La cama estaba vacía.

—Entiendo que se han llevado las sábanas por si encontraban alguna pista —dijo Bob.

—Pero —remató Todd—, ¿y el colchón?

Beauchamp resopló frente a sus subordinados.

—¿Quién se ha llevado el colchón?

Los gendarmes se miraron, con cierta confusión.

—Dos botones del Ritz se lo acaban de llevar, inspector. Cogieron el ascensor de servicio.

La mirada de los gemelos atravesó al inspector, que, de un violento empujón, arrancó al gendarme del marco de la puerta y lo lanzó al pasillo.

—¡Encontrad a esos botones! ¡Ya! — Gritó, haciendo temblar las paredes. El recorrido de los dos gendarmes a la carrera fue ejemplar. Alcanzaron el final del pasillo, descartaron el ascensor de servicio -todavía en movimiento; abriendo la puerta de las escaleras. Allí, uno tras otro, bajaron cinco pisos, comprobando en cada uno que el ascensor no se hubiera detenido, hasta llegar al sótano. Allí, junto a la lavandería, sonó un timbre

amortiguado al tiempo que se abrían las puertas del elevador, dejando ver a dos botones, quizá de una edad demasiado avanzada para su trabajo, luchando afanosamente contra un colchón lleno de sangre seca, que habían abierto y destripado sin miramientos.

Los gendarmes dieron el alto a los botones, que respondieron blandiendo revólveres y disparando sin demasiado tino. La respuesta a balazos de los policías acabó con sus vidas y con la exquisita decoración en madera de la parte posterior del ascensor, que luego el señor Mournau

reclamaría, junto con otro largo listado de destrozos, nada más y nada menos que al ministro del Interior, aunque con limitado éxito.

—Menudo desastre. —El inspector Beauchamp contempló la matanza sacudiendo la cabeza como si se le fuera a desenroscar. Todo el caso iba a peor. La montaña de papeleo que se le venía encima iba a alcanzar proporciones homéricas.

—Sin duda. —dijo Bob, mientras Todd miraba por encima del hombro de Beauchamp el resultado de la persecución.

—Pero quizá hayamos logrado encontrar el arma —dijo Todd—. Inspector, haga que sus hombres revisen el colchón.

A un gesto de Beauchamp, los dos sufridos gendarmes, todavía faltos de aliento y visiblemente nerviosos tras el tiroteo, entraron el habitáculo y buscaron entre el mar de plumas en



el que se había convertido tras la manipulación de los botones y sus propios disparos. A los pocos minutos, uno de ellos corrió hacia el inspector.

—¡Señor! ¡Mire esto!

Todos los presentes hicieron corrillo alrededor del objeto que el gendarme llevaba en las manos, una daga de hoja culebreante y mango repujado con joyas brillantes, en cuya ligera guarda asomaba un cruz templaria de afilados contornos rojizos. Pese a la sangre reseca que se acumulaba en el filo, el arma brillaba con una luz sobrenatural, captando hasta el más mínimo brillo de las lámparas del sótano, pintando con reflejos plata y carmesí las paredes en penumbra.

Beauchamp suspiró.

—Bueno, caso cerrado.

Bob se mordió la lengua mientras Todd lanzaba su típica sonrisa socarrona.

—Inspector, dudo que esos dos botones hayan asesinado a María Andropova. Seguro que estaban compinchados con el autor del crimen, pero no sabían dónde estaba la daga. Solo que la habían escondido dentro del colchón. El verdadero asesino la habría sacado nada más entrar en el ascensor.

A medida que el gemelo hablaba, Beauchamp asentía. Sacó una pipa del bolsillo derecho del gabán que llevaba y la cebó con intranquilidad.

—Eso quiere decir —comenzó a decir—, que el culpable ha escapado.

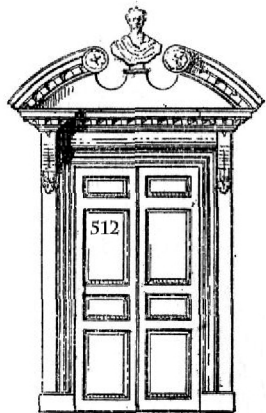
—No tiene por qué —dijo Bob—. Puede que todavía se encuentre en el hotel y estos dos no sean más que tontos útiles.

El otro gendarme se acercó con gesto triunfal.

—Señor, uno de los botones llevaba esto en el bolsillo. —dijo, mostrándole a Beauchamp tres llaves del

hotel. Una, la 311, correspondía a la habitación de los gemelos, la segunda, la 423, era la de María Andropova. La última, la 512, sin embargo, no sabían a quién correspondía.

—Me atrevería a decir que es la habitación del asesino. —Dijo Todd.



Cómo se extendió la noticia entre el resto de gendarmes, camareros, cocineros, botones y recepcionistas, hasta llegar al Barón Mordini y su, ahora, única amante, nunca se pudo

averiguar; pero lo cierto es que cuando Beauchamp y los gemelos bajaron del ascensor y enfilaron el pasillo que llevaba a la habitación 512, se encontraron con una verdadera avalancha de gente, un pequeño y tumultuario grupo a la espera de un espectáculo improvisado, que comenzó con el aterrador sonido de un seco disparo.

Beauchamp se abrió paso a codazos y maldiciones, dejando espacio suficiente para que los gemelos pudieran seguir su rastro entre la multitud que abarrotaba el pasillo frente a la puerta abierta de la habitación. Cuando lograron entrar, el barón Mordini estaba allí, con la camisa arremangada, uno de los tirantes caído y flácido, Beretta humeante en la mano y el rostro tan pétreo como una de las esculturas del Duce. A sus pies, y en una postura antinatural, yacía cuan largo era un hombre de mediana

edad, vestido con un elegante traje de tres piezas de color gris oscuro; el único detalle de color en su atuendo era una creciente flor carmesí que le nacía del pecho, allá donde el disparo del Barón le había alcanzado.

—Barón... —susurró Beauchamp, situándose a su altura.

Mordini no dijo nada, pero levantó la Beretta en un gesto tranquilizador y la dejó caer sobre la palma que el inspector había avanzado hacia él. Luego, rompió el silencio.

—Estaba en mi derecho, inspector. Esa rata mató a una de las personas más importantes de mi vida. De la vida. Del mundo. Segó una luz a la

que no tenía derecho. Dime, Oana. ¿está hecho?

La bruja rumana, que se mantenía alejada, pero sin perder de vista el cadáver, asintió.

—Su alma va directa al infierno, mi amor.

—Pues bien. Haga lo que tenga que hacer inspector. Pero tenga en cuenta que mañana por la mañana tengo una cita con el presidente de la república. Supongo que no querrá iniciar un conflicto internacional por un perro sarnoso como este.

Beauchamp se encogió de hombros.

—Barón, no encontrará en mi persona deseos de hacerle perder el tiempo, pero comprenderá que tengo

que dar parte completo a mis superiores de lo sucedido. Si me acompaña al ministerio, seguro que arreglaremos esta situación lo antes posible.



Antes de lo que parecía creíble, la habitación se vació. Un gendarme se quedó haciendo guardia a la espera de la llegada, otra vez, del médico forense. Los gemelos pidieron al inspector poder lanzar un último vistazo. Después de todo, aquel hombre había urdido una compleja trampa solo para acusar a Anatolia de asesinato, o tal vez a incluso a ellos. Walker se unió al grupo, al igual que Burke, el cual no tuvo en esa ocasión reparos morales a la hora de sacar varias fotografías del cadáver.

—Afeitado reciente —dijo Bob—, manicura de calidad. El traje es bueno, pero no es francés. ¿Te has fijado en el corte? Alemán, diría yo.

—Sí —corroboró Todd—. Fíjate en los zapatos. Berlín, sin duda. ¿Has visto el anillo?

—Una cruz templaria. ¿Crees que Beauchamp averiguará algo más?



—Le llevará tiempo. Por el momento, creo que podemos dar por cerrado el caso. Por muy mal que me sepa.

Burke interrumpió el diálogo entre los gemelos.

—¿No vamos a pasar por Berlín en nuestro viaje?

—Qué casualidad, ¿verdad, Todd?

—En efecto, Bob.

FINIS





EPÍLOGO



Mordini acudió a despedirse de los gemelos y sus acompañantes a la estación de tren. Su semblante, pese al rictus de arrogancia que se empeñaba en mantener, estaba surcado de arrugas llenas de preocupación. No parecía contento con la decisión de los hermanos de seguir viaje hasta el corazón de Alemania.

—Temo que estén en peligro, pese a que estoy casi seguro de que no fueron más que un daño colateral, unos chivos expiatorios del asesinato de mi querida María.

—¿Qué le hace pensar eso? —dijo Bob, mientras Todd escrutaba el rostro del barón, que suspiró una respuesta.

—María tenía sus enemigos. La teosofía se enfrenta a otros profetas en estos tiempos turbulentos. ¿Creen que no me he fijado en el anillo que llevaba ese perro? Es lo que suelen llevar los del Ordo Novi Templi, los ariosofistas, seguidores de Jörg Lanz von Liebenfels.

Burke torció el gesto.
—¿Uno de esos nazis?

El Barón sonrió.

—Bueno, no es un nazi. Digamos que el fñhrer se ha inspirado en algunas de sus ideas. Pero deben tener cuidado. Es un enemigo jurado de María, sí, pero no descarten que tenga algún interés en ustedes. ¿No han leído su Teozoología? Aboga por una raza única y pura, por cuerpos perfectos, por un ideal inalcanzable. Me atrevería a decir que la existencia de ambos atenta contra todos los ideales de Liebenfels.

Todd tomó la palabra.

—¿Y qué nos recomienda, barón?

—¡Ja! Que viajen hasta mi mansión en el lago de Como. Disfruten del vino italiano, de las largas tardes junto al embarcadero, de los paseos en velero. Les debo más que mi vida, créanme si les digo que allí estarían seguros hasta su vuelta a Londres.

—Es usted muy amable, barón — contestó Bob—, pero si algo apren-

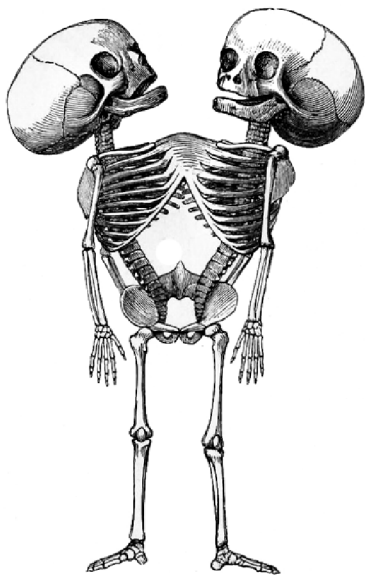
dimos durante nuestros años en el circo, es que no volveremos a dejar que otros marquen nuestro destino, y mucho menos permitir que se nos juzgue por cómo somos. Por quiénes somos. Seguiremos viaje a Berlín.

—Veo que es imposible hacerles cambiar de idea. En cualquier caso, si tienen problemas, no duden en invocar mi nombre. Como supongo que habrán adivinado, tengo ciertos contactos en la ciudad que podrían serles de gran utilidad.

Los gemelos agradecieron el gesto del barón, aunque en el fondo esperaban no tener que usar sus conexiones. El silbato del tren anunció el último aviso, momento que aprovecharon para despedirse de Mordini, cuyo abrazo de despedida amenazó con descoyuntarles ambos cuellos y fracturar alguna de sus endebles costillas.

REVISED EDITIONS

PRESENTS



THE ASTLEY
BROTHERS